

# Los dos martes de Antonio Pereira

ANTONIO LINAGE

La duración de la Tertulia de los Martes ya lleva camino de alcanzar una repercusión generacional, una continuidad que además, permitiría hacer a través de esta tribuna segoviana una radiografía de las letras españolas coetáneas. Y pintiparado botón de muestra cronológico resulta la doble presencia en ella del escritor de Villafranca del Bierzo que encabeza estas divagaciones, dos comparecencias pero separadas por un intervalo de quince años.

Vaya por delante la seguridad en que yo me encuentro de haber contado en su caso esta realización con la aprobación de aquellos nuestros tertulianos de antaño, por ejemplo, los congregados en el taller de cerámica de San Gregorio, en tomo a don Antonio Machado, que acaba de evocar Ignacio Sanz en la *Foto movida de un gato*. Pues en las tertulias de los martes se habla, además de escuchar. Y al valorar positivamente el enlace con el pretérito, no trato de caer en la sentencia manriqueña, inadmisiblemente literalmente, necesitada de una exégesis, de que fue mejor incondicionalmente el pasado. No, no se trata de eso, sino de reconocer el valor permanente, ajeno a las modas e independiente de la cronología, de ciertas actitudes, instituciones, situaciones, mentalidades y manifestaciones de la sensibilidad, el tal atribuible desde luego a las calendadas reuniones, cuya escasez es una de las partidas del debe en el balance de nuestra época. ¡Aquellas reboticas en que las letras de las conversaciones se desposaban! Una parsimonia de la que Segovia es una feliz excepción de una manera brillante, sólida y a la vista, merced a esas ágoras semanales, de manera que los críticos de su materia habrán de serlo por el contenido mismo de nuestra literatura hoy, no por la selección de los participantes, por otra parte lo bastante numerosos como para suscitar a ese respecto poca polémica, dada la tal asiduidad de la convocatoria.

Curiosamente, tienen lugar a las ocho de la tarde. Una hora que Pereira había señalado más de una vez en sus relatos como muy vivencialmente densa. Yo fui testigo del corte por un político de una cena en su homenaje a las doce de la noche con la plausible razón de ser la hora adecuada para recogerse los unos e iniciar la nueva andadura los otros. La frontera pues entre los meramente trasnochadores, ocasionalmente o no, y los noctámbulos. Las diez podría ser la divisoria entre los primeros y quienes ni siquiera los llegan. Pero, ¿y las ocho? Quizás su trascendencia se advierte más cuando uno se encuentra sólo fuera de casa, tal en un hotel. Las

distracciones de la actividad, aunque sea la ajena, ceden ante el encuentro con uno mismo. Se impone la meditación de alguna manera, los recuerdos se han inexorablemente presentes y sin damos opción para elegirlos, el porvenir se tiñe de alguna inquietud amenazante. Por eso lo socorrido de las tentaciones sustitutorias. Recuerdo la imploración de uno de los salmos que cantábamos otrora en las completas del octavario del corpus en El Salvador de Sepúlveda, pidiendo vernos libres de la flecha volante diurna, el demonio del mediodía y la preocupación de la noche, in tenebris. Y ésta desde esa hora de las ocho. De ahí el acierto de su elección por la tertulia de los martes, así el hallazgo de una distracción contemplativa, en el sentido más noble del vocablo, no en el más común, cuando el espejismo activo ha tramontado en el entrelubricán. Un martes tras de otro, con una cierta capacidad de cada uno para prolongarse en los interludios de la semana entera. ¿Cómo de la una a la otra vez Antonio Pereira en su largo intervalo? Claro. Y así el mejor botón de muestra de la densidad del cuco de los sueños que hila esta convocatoria, permanente y renovada, tanto en la extensión como en la intensidad. Por algo uno de los mejores conocedores de la España visigótica y mozárabe, Jacques Fontaine, definió la literatura como el hecho superior de la vida.

Pero pasemos del tiempo al espacio, en el Bierzo de Pereira, Galicia no es extraña, la Galicia de Valle-Inclán. Se respira sin salir de su fronteriza Villafranca. Su residencia en la tierra, en la diocesana de Astorga, penetrando en el obispado leonés sólo para llegar a su catedral, le ha llevado también a la Sanabria de San Manuel Bueno mártir y hasta la Asturias de Clarín. Y su espacio me trae a las mientes la geografía sentimental que otrora vivíamos interiormente, en los tiempos intermedios entre el ferrocarril, el automóvil, y la radio y éstos de la aviación y la transmisión instantánea de las imágenes. Hacia abajo, la Mancha, inseparable de su caballero andante, era ya un presagio del sur andaluz, el cual se nos dibujaba cual una ilusión lejana, que al fin y al cabo nosotros éramos septentrionales. (Le oí decir una vez a Cándido que el Norte empezaba en el pequeño territorio otrora jurisdicción eclesiástica de la colegiata de La Granja). El mar, a ambas latitudes, era ya otro mundo, el de una geografía distinta, aunque la otra se le asomara en la playa de Santander, entonces más nuestra que la de Alicante. La ría de Bilbao nos traía sus canciones, tan propias acá, pero de cara a la tierra firme. Y en ésta, León tenía el prestigio de lo interior, pintiparado por ello el título del *Bosquejo del viaje a una provincia* del mismo que le dio Gil y Carrasco. Unos pastores de Sepúlveda, de custodia allá, se creyeron que unas campanas oídas en la lejanía, era las suyas del Salvador. A su manera, teniendo en cuenta la mitificación de este campanario -hay una torre que hace cosquillas a la luna, es la del Salvador sin duda alguna- una hiperbolización de esa misma vastedad terrestre.

Pereira está muy anclado en esta. Pero desde ella ha saltado de cuando en vez

a escenarios exóticos. Lo cual no nos le hace más universal, aunque le agradezcamos nos acompañe en nuestros propios viajes, dicho quede de pasada. En algún caso, como en *Los brazos de la Y griega*, el enlace entre lo doméstico y lo remoto es misterioso, sugerido en una seducción difícil de igualar y nada común en nuestras letras.

Pero antes de nada hemos de parar mientes en un *leit motiv*; en una infalible y genuina constante argumental, iconográfica y onírica incluso, me atrevo a decirlo, de su obra. Y es el camino. Su primer libro de poemas se tituló *El regreso*. Le siguió *Del monte y los caminos*. *Una ventana a la carretera* fue el primero de cuentos. Por eso ha atraído (como Ignacio Sanz) la atención del Congreso de Carnicería Hispánica que se va a celebrar en Guadalajara a primeros de julio, ya el cuarto -el tercero fue en Valladolid de Michoacán- de esos sugestivos, fecundos y polícromos simposios que tanto olean el espíritu y han sido una feliz ocurrencia del profesor Manuel Criado del Val, al fondo la complaciente sonrisa del Arcipreste entre la complicidad y la absolución.

Caminan pues los personajes de Antonio Pereira, desde nuestra región, vientos adelante, que por descontado suelen hacerlo en avión, a las siete partidas del mundo. Pero para volver a la casa solariega. Y cuando no la encuentran, se vuelven a ir pero sin perder la esperanza de otro retorno. Tal el indiano que se encuentra convertida en un supermercado funcional y elegante la tienda-hogar donde se vendía de todo y siempre había sitio para todos aunque no fuesen a comprar nada. Naturalmente que el relato termina en una suspensión. Pero los lectores sabemos que volverá de nuevo, y si no tiene tiempo lo habrá hecho todos los días en un sueño instantáneo inmediato al dormirse, las ocho de la tarde, la hora de las tertulias de los martes la más a propósito para ello. Y de ahí también la plena adecuación del escritor villafranquino a esta tribuna segoviana. Y su retomo, su segunda vuelta, todo tan igual como algo distinto. A la espera de la tercera. Y al fondo, don Antonio Machado sonriendo a su posteridad más allá de su amargura, y don Blas Zambrano, el romano arquitecto, desde uno de los arcos cimeros del Acueducto viendo pasar por él a su hija María, haciendo filosofía de la literatura, también de esta literatura que se hace en la tertulia de los martes. De las esperanzas de los recuerdos a los recuerdos de las esperanzas, que vamos muriendo, mientras el cuco de los sueños va hilando los cuentos, tal lo dijo Miguel Ángel Asturias en sus tierras de oro rubeniano.